

Bob

Zumbidos en el jardín y
planos en la penumbra.

El sol se abría paso con una pereza matutina a través de las persianas de mi habitación, dibujando franjas de luz sobre la alfombra que parecían barrotes dorados, una prisión agradable para los pensamientos que se negaban a abandonar mi cabeza. Normalmente, un sábado así, sin la irrupción programada de Kurt y sus teorías sobre conspiraciones vecinales o la perspectiva de una de nuestras maratónicas partidas de ajedrez, se habría sentido como una bocanada de aire fresco, un espacio para sumergirme en mis propios ritmos, quizás desempolvar algún vinilo de los sesenta o perderme en las páginas de un manual de botánica avanzada. Sin embargo, la quietud de la casa era una fachada, un decorado casi insultante frente a la vibración sorda que sentía en el pecho desde nuestra incursión en el sótano el día anterior. La imagen de esa puerta deslizándose con una inquietante suavidad mecánica, y la luz blanca, fría, casi quirúrgica, que manaba de su interior, se proyectaba en mi mente a intervalos, como un proyector averiado mostrando siempre la misma, perturbadora diapositiva.

Me levanté, sintiendo el peso de una noche de sueño irregular, donde engranajes y pasillos

oscuros se habían mezclado con abejas gigantes y las caras difuminadas de los vecinos de Kurt. Bajé a la cocina. El aroma a café recién hecho flotaba en el aire, un signo de normalidad que chocaba con el desasosiego que me embargaba. Stacy, mi hermana, ya había levantado el vuelo, su presencia tan efímera como la de una mariposa exótica, dejando tras de sí solo el eco de alguna canción indie que seguramente resonaba aún en su cuarto. Mis padres, en cambio, ocupaban sus puestos habituales en la mesa de la cocina. Mi madre, Fiona, con su melena rubia recogida en un moño improvisado y una taza de café entre las manos, ojeaba una revista de arte con la concentración de un entomólogo ante un espécimen raro. Seguramente ya estaba tramando alguna nueva escultura a partir de desechos, como aquel pájaro hecho de latas y cajas que ahora adornaba, o más bien desconcertaba, una esquina del salón. Mi padre, Robert, el arquitecto de la familia y de buena parte de las nuevas edificaciones del pueblo, estaba inmerso en el periódico local, esa hoja de escasas noticias relevantes donde los sucesos más emocionantes solían ser el cambio de horario de la panadería o alguna queja sobre el servicio de recogida de basuras.

- Buenos días, dormilón - saludó mi madre, sus ojos azules dedicándome una mirada rápida antes de volver a un artículo sobre "El land art como expresión de la conciencia ecológica". - Hoy tenemos una jornada de labor comunitaria en nuestro propio feudo. Hay que organizar los cobertizos del jardín, deshacerse de trastos inútiles y, lo más importante, revisar a fondo todo el material de las abejas. El verano se escurre entre los dedos y tu padre dice que es una labor que "además de necesaria, forja el carácter". Mi padre bajó el periódico, una media sonrisa dibujada en su rostro habitualmente serio cuando se trataba de sus proyectos. - Exacto. Y no

olvides, Bob, que el cambio de reina de las Apidae está a la vuelta de la esquina. Necesitamos tenerlo todo impecable. ¿Kurt no se unirá a la aventura hoy, verdad? Su madre llamó anoche. Al parecer, tenían una de esas reuniones familiares que se prolongan hasta el infinito, algo sobre un primo lejano que volvía de no sé dónde. La mención de Kurt y su familia trajo a mi mente el vívido recuerdo de sus descripciones: aquel "teatro ilógico" que contrastaba tanto con la calculada y a veces predecible normalidad de mi propio hogar, aunque también el nuestro, como estaba empezando a sospechar, albergara sus propios secretos bajo una superficie de respetabilidad arquitectónica.

Así que, después de un desayuno que apenas probé, me encontré enfundado en mi traje blanco de apicultor, ese caparazón que me transformaba en una figura anónima y a la vez me conectaba íntimamente con el universo ordenado y febril de mis colmenas. El aire olía a tierra húmeda, a las últimas rosas del verano y al dulzor penetrante del néctar. El zumbido constante de miles de alas era una sinfonía familiar, un mantra que solía tranquilizarme. Comencé por la colmena de las Apidae, nuestras obreras europeas, las productoras incansables de miel. Con movimientos lentos y precisos para no alarmarlas, levanté la tapa y extraje el primer cuadro. La visión de miles de ellas moviéndose en una danza perfectamente coordinada, cada una absorta en su tarea -limpiar celdillas, alimentar a las larvas, almacenar polen-, siempre me había maravillado. Busqué a la reina, esa figura central y vital, y la encontré moviéndose con una calma majestuosa entre su corte de obreras. Pronto tendríamos que reemplazarla; su ciclo estaba llegando a su fin. Este mundo, el de las abejas, era tan lógico, tan brutalmente eficiente y predecible en sus ciclos. ¿Por qué el nuestro, el de los humanos, tenía que ser tan enrevesado, tan lleno de medias verdades y puertas

ocultas? El recuerdo de Kurt, en el sótano, su rostro iluminado por la luz blanca y su mezcla de temor y excitación, se superpuso a la imagen de la colmena. Él, con su manía por los misterios, parecía disfrutar de ese caos, mientras que yo anhelaba la estructura, la certeza. Quizás por eso me gustaban tanto los juegos de reglas claras como el ajedrez, y la música de épocas donde, en mi idealizada visión, las cosas parecían más sencillas.

Luego me dirigí a la segunda colmena, la que albergaba a nuestras Andrenidae, las abejas mineras negras, un proyecto de conservación más personal que compartía con mi padre. Su zumbido era más grave, más potente, y su color negro azabache contrastaba con el amarillo y marrón de sus primas europeas. Eran criaturas más solitarias por naturaleza, aunque en la colmena habían aprendido a coexistir. Eran supervivientes, adaptadas con nuestra ayuda a un entorno que no era exactamente el suyo. Me pregunté, mientras observaba a una salir con las patas cargadas de polen, si Terry Newman, el vecino "loco" de Kurt, era también una especie de espécimen raro tratando de sobrevivir en el ecosistema social de nuestro pueblo. Kurt me había contado retazos de su historia: la muerte temprana de su madre, la sombra del alcoholismo que había consumido a su padre hasta su destierro familiar, la figura casi mítica de su abuelo paterno que lo había protegido como a un tesoro y, más tarde, la de su tío materno, un tal Charles, que al parecer había sido un pilar para él y para el abuelo hasta que este último falleció. Luego, el tío también se había marchado, hacía ya nueve años, dejando a un Terry de apenas diecinueve al frente de aquella casa destartada, con la única compañía de un gato negro y una herencia que, según Kurt, ahora dilapidaba en objetivos japoneses para sus telescopios caseros y en extrañas investigaciones

sobre sombras y "ruidos sin importancia". A pesar del desagrado que me habían producido sus fotografías de animales muertos, aquella vez que Kurt me llevó a su casa, empezaba a sentir algo parecido a la compasión que mi amigo le profesaba. Quizás Terry, con sus excentricidades, no era más que el resultado de demasiadas pérdidas y demasiada soledad, buscando patrones en el caos, como yo los buscaba en el tablero de ajedrez o en la perfecta geometría de los panales. Este pueblo, con su aislamiento voluntario del exterior y sus dinámicas internas tan particulares, parecía tener la habilidad de moldear a sus habitantes de formas extrañas, convirtiendo a algunos en observadores compulsivos y a otros en ermitaños llenos de teorías.

La tarea de limpiar los cobertizos del jardín fue la excusa perfecta para que mi mente siguiera trabajando en segundo plano. Mientras arrastraba sacos de tierra vieja y apilaba macetas rotas, mi padre se dedicaba a organizar las herramientas más pesadas. En el cobertizo más grande, detrás de una pila de leña cubierta de telarañas, encontré una caja de cartón aplastada, olvidada, con la etiqueta casi borrada: "PLANOS CASA - PRE-REFORMA". Un impulso me hizo llevarla a una zona más iluminada. Dentro, protegidos por el cartón grueso, varios tubos contenían rollos de papel vegetal, amarillentos por el tiempo, pero increíblemente bien conservados. Eran los planos originales de la casa, de mucho antes de que mi padre, con su visión de arquitecto innovador, la transformara en lo que era hoy.

Con una mezcla de reverencia y una incipiente excitación, desenrollé el que correspondía a la planta del sótano. La distribución era completamente diferente a la actual. Era un espacio más angosto, compartimentado, con muros de carga en lugares que ahora estaban abiertos. Y, lo más revelador, no había ni el más mínimo indicio

del añadido donde ahora se ocultaba la trampilla y su inquietante pasadizo. Tampoco existía, por supuesto, ninguna escalera exterior que comunicara con el jardín, como la que Kurt tenía en su casa y que a veces servía de ruta de escape para él y su hermano. Estos planos mostraban una estructura más antigua, más simple, o al menos eso parecía a primera vista.

- Vaya, vaya. Has encontrado auténticas reliquias arqueológicas - la voz de mi padre me sobresaltó. Se había acercado sin hacer ruido, observándome con una curiosidad divertida mientras yo estaba absorto en aquellos papeles antiguos. Llevaba los guantes de trabajo puestos y una mancha de grasa en la mejilla. - Esos planos tienen más años que tú. Muestran la casa tal como la compramos, antes de que le metiera mano a fondo. - Es increíble el cambio - dije, intentando que mi voz sonara natural, aunque sentía un nudo de expectación en el estómago. - El sótano, por ejemplo, no se parece en nada. Era mucho más pequeño. Mi padre asintió, sus ojos recorriendo las líneas del viejo plano con una expresión que me costó descifrar. ¿Nostalgia? ¿O quizás algo más, una cautela disimulada? - Sí, el sótano original era un desastre. Oscuro, lleno de humedades, prácticamente inútil salvo para almacenar trastos que nadie quería. Una de las primeras cosas que tuve claras cuando compré la propiedad fue que necesitaba una transformación radical. Quería un espacio diáfano, versátil. Ya sabes, un lugar para tus futuras maquetas de trenes que nunca llegaron, el caótico taller de pintura de tu madre, o incluso, quién sabe, una bodega o un cuarto de juegos si la familia hubiera crecido más. - Se encogió de hombros, restándole importancia con un gesto. - Requeriría una planificación estructural compleja, sobre todo para asegurar los cimientos al ampliarlo hacia el jardín y ganar esa profundidad extra. Pero un buen arquitecto, Bob,

no solo construye paredes; diseña posibilidades. Y siempre hay que dejar margen para lo imprevisto... o para futuras necesidades. Su explicación era impecable, la de un profesional detallando un proyecto. Pero esa última frase, "dejar margen para lo imprevisto", resonó en mi cabeza de una forma extraña, casi como una clave oculta.

Por la tarde, la casa se sumió en esa calma perezosa de los sábados. Mi padre, después de una ducha reparadora, se había encerrado en su despacho. Pronto, el sutil aroma a tabaco rubio, ese que él fumaba con una parsimonia casi ritual, comenzó a filtrarse por debajo de la puerta, mezclándose con el olor a cera de abeja que impregnaba mi ropa. Mi madre, por su parte, estaba enfrascada en una de esas larguísimas conversaciones telefónicas que parecían ser su principal actividad social entre semana, seguramente intercambiando con alguna de sus amigas las últimas novedades del "frente vecinal", quizás incluso comentando, con esa mezcla de preocupación y secreta satisfacción, los últimos movimientos de "El-sin-remedio" o las andanzas de algún otro personaje pintoresco del pueblo. Recordé la conversación que habíamos oído Kurt y yo en el sótano, la facilidad con la que aquellas mujeres diseccionaban la vida de los demás. La madre de Kurt, Margaret, con su energía desbordante y su necesidad de "acción constante", encajaba perfectamente en ese molde, aunque Kurt siempre intentara distanciarse de ello.

Volví a mi habitación y extendí con sumo cuidado el viejo plano del sótano sobre mi escritorio. La luz del atardecer entraba oblicua por la ventana, tiñendo el papel amarillento de tonos ocres. Fue entonces, al repasar cada línea, cada cota, cada anotación casi borrada por el paso del tiempo, cuando mis ojos se detuvieron en un detalle que antes me había pasado desapercibido. En una de las esquinas más remotas del plano original, justo en

el área que colindaba con la pared exterior que daba al jardín, y muy cerca de donde ahora se encontraba la entrada al pasadizo secreto, había una anotación minúscula, hecha con un lápiz de grafito muy fino, casi imperceptible. Tuve que forzar la vista, acercando la lámpara de mi escritorio hasta casi tocar el papel. Con el corazón laténdome con fuerza, logré descifrar tres palabras, escritas en una caligrafía apresurada, casi un garabato: *"Antiguo acceso mampostería. ¿Revisar cota X?"*. La "X" era ilegible, un borrón.

Un escalofrío diferente al del miedo me recorrió la espalda. Era el escalofrío del descubrimiento, de la pieza que no encaja pero que de repente te muestra que el puzzle es mucho más grande y complejo de lo que habías supuesto. *"Antiguo acceso mampostería"*. ¿Un acceso a qué? ¿Podría ser que la estructura que Kurt y yo habíamos descubierto no fuera una invención de mi padre, una excentricidad de arquitecto, sino algo que él había *encontrado* al reformar la casa? Algo preexistente, oculto en los cimientos originales. La idea era a la vez desconcertante y extrañamente lógica. Explicaría la necesidad de ocultarlo en los planos de la reforma, la "parte borrada" que Kurt había intuido. Explicaría esa expresión fugaz en el rostro de mi padre cuando le hablé del sótano.

La necesidad de volver a ese pasadizo, de entender su origen, su propósito, se convirtió en algo más que la simple curiosidad o la lealtad hacia Kurt. Ahora era personal, una cuestión que me atañía directamente. Se trataba de la historia de mi propia casa, de los posibles secretos de mi padre, el hombre que me había enseñado a respetar la precisión de los ángulos rectos y la belleza funcional de una colmena bien organizada. ¿Qué "imprevistos" había encontrado él al excavar bajo

nuestra casa? ¿Y por qué había decidido mantenerlo en secreto, incluso para su propia familia?

Antes de que la noche cayera por completo, mientras guardaba con sumo cuidado los viejos planos en su tubo de cartón, tomé una decisión. Kurt no lo sabía todavía, pero nuestra próxima visita al sótano no sería solo una aventura más para satisfacer su insaciable apetito por los misterios. Sería una expedición en busca de respuestas que ahora sentía que me pertenecían, que estaban ligadas a la misma estructura de mi hogar. La nota casi invisible en el plano era un susurro del pasado, una invitación a mirar más allá de la fachada de normalidad que mi padre había diseñado con tanto esmero. Y yo, Bob, el chico que coleccionaba certezas y prefería la lógica de las abejas, estaba a punto de sumergirme de lleno en la más incierta y desconcertante de las incógnitas. La próxima vez, no solo giraríamos las manijas; buscaríamos el origen de los engranajes.